

de la octava de la Natividad, se vió toda la montaña de Kalemberg cubierta de tropas auxiliares. Esta vista llenó de gozo á los sitiados, y dispuso todos sus terrores. Sobieski, Rey de Polonia, á la frente de sus tropas, vino el doce á la Capilla de San Leopoldo con el Príncipe Carlos; oyeron Misa, á la que quiso ayudar el mismo Rey, quien todo el tiempo de la Misa tuvo los brazos en cruz, fuera de aquellos instantes en que el Sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Comulgó en ella, y despues de haberse puesto él y todo el ejército baxo la proteccion y amparo de la Santísima Virgen, y recibido la bendicion, que se hechó igualmente á todo el ejército; se levantó el religioso Príncipe, y lleno de una santa confianza, dixo en alta voz: *Ahora ya podemos marchar, pues la Madre de Dios es nuestra protectora; estemos seguros que no nos faltará su asistencia.*

*Labr.* ¡Y tanto como podian estarlo! Bien pronto irian los de la media luna á cenar con Mahoma, con el zancarron y con la pata.

*Ecles.* No se tardó mucho en ver los efectos de una confianza tan bien fundada. No bien se habia puesto en marcha el ejército cristiano ácia el campo de los turcos, quando á poco rato de sostener los infieles el combate, se retiraron al otro lado del Danuvio con tanta precipitacion, que dexaron en el quartel del Gran Visir el gran Estandarte del Imperio Otomano, y las colas de caballo, que son las insignias ordinarias de su dignidad, y que se llevan delante de su Alteza.

*Labr.* Apuesto á que la Virgen haria que baxara del Cielo un dexército de Angeles con su casaca y su fusil, y asi que los vieron los turcos, no quisieron aguardar razones. ¡Y sino que se hubieran hecho pesaqs!

*Ecles.* Nunca victoria alguna costó menos sangre á los vencedores, ni fué mas completa. Los turcos de-

